

reseñas

Gina Saraceni

Nathalie Bouzaglo. *Ficción adulterada. Pasiones ilícitas del entresiglo venezolano*

Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2016. 224 pp.

Gina Saraceni es profesora del Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Doctora en Letras por la Universidad Simón Bolívar, Caracas. Autora de los libros *La soberanía del defecto. (Legado y pertenencia en la literatura contemporánea)* (Equinoccio, 2015), *Escribir hacia atrás. Herencia, lengua, memoria* (Beatriz Viterbo Editora, 2008), *En-obra. Antología de la poesía venezolana contemporánea (1983-2008)* (Equinoccio, 2008), *La llegada inconclusa. Tránsito y desembarco de tres viajeros británicos en La Guaira (1830-1871)* (Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1997). Con el poemario *Casa de pisar duro* ganó el XI Concurso Transgenérico de la Fundación para la Cultura urbana (2011). Correo electrónico: marea132000@yahoo.com

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>



EL LIBRO *FICCIÓN adulterada. Pasiones ilícitas del entresiglo venezolano* de Nathalie Bouzaglo, piensa la fundación de la nación desde una zona de vulnerabilidad extrema: los sentimientos y el cuerpo que los encarna y agencia. En este sentido, se trata de un texto que mira el entresiglo a partir de una escena crítica: la del adulterio como circunstancia que compromete y desajusta el proyecto nacional al señalar sus puntos de quiebres y sus excesos. Leer lo que está *fuera de marco* y acontece como desvío de los vínculos matrimoniales y nacionales es lo que este libro se propone. Más específicamente, su objetivo es recorrer diferentes materiales de la cultura venezolana finisecular —novelas, prensa, revistas, otros artefactos— para rastrear allí los síntomas de otra nación: una en la que tiene cabida la pasión, el goce, la transgresión sexual, la *incultura*, la ilegalidad, el desorden. Una nación adúltera y *adulterada*, producto de lo que quiero denominar *la ciudad casada*: ese complejo dispositivo constituido por el matrimonio, la casa, la propiedad, la descendencia y las alianzas de clase y raza. No hay adulterio sin marido o esposa que traicionar. No hay nación, parece decirnos Bouzaglo, sin pasiones aberrantes o *contra natura*, sin histeria e intriga, sin delitos y castigos. Hay entonces que leer la historia del entresiglo venezolano como si fuera ella misma una escena-obscena: poniendo el ojo en la ranura de la puerta para espiar ese espectáculo mínimo pero catastrófico que interrumpe el sensorio de la nación, volviéndola escenario de escándalo y disolución.

En esta zona de penumbra de la cultura venezolana, que es atravesada por otras lógicas de la sexualidad y del sentimiento, se asiste a la emergencia de cuerpos que viven en el límite de la ley y que ponen en escena un *más allá del deseo* que las tecnologías que gobiernan a los sujetos no pueden controlar. Aquí las patologías sexuales y las enfermedades síquicas son cómplices de esa *otra* nación que Bouzaglo arma, donde el afecto y el deseo escriben una historia de la cultura en la que se ven comprometidos los saberes que soportan la fundación nacional; comprensiones que simultáneamente muestran sus puntos débiles y sus fisuras. La medicina, la psiquiatría, el derecho no saben cómo lidiar con aquello que los excede: con esas subjetividades y vínculos que no tienen cabida en el concepto de ciudadanía previsto por el marco biopolítico. Son entonces la cultura y, especialmente, la literatura, los espacios en donde tienen lugar estas agencias indeseables e improductivas que también forman parte de la nación aunque esta quiera negarlas, silenciarlas y disciplinarlas.

Además de proponer una lectura de la nación que se origina en los relatos y ficciones que la fisuran, y que se desarrolla a través de los devenires monstruosos de la familia y del vínculo matrimonial —entendidos como dispositivos reproductivos de ciudadanías correctas y normadas—, *Ficción adulterada. Pasiones ilícitas*

del entresiglo venezolano también elige a Venezuela como corpus para pensar y mostrar las dinámicas de la nación adulterada, y desplegar vínculos con otros casos latinoamericanos en los que también es posible rastrear esta misma escena. Por esto, es un texto que permite pensar una trama compleja de problemas —matrimonio, divorcio, familia, enfermedad, secreto, melodrama, visibilidad, pose, cuerpo, fetiche, populismo— mediante el corpus venezolano del entresiglo, que es visto como el lugar de aparición de una línea de fuga que desarticula la nación al develar sus zonas eróticas y erróneas. De aquí que el libro vaya mucho más allá del *caso* regional porque, en la medida en que propone una lectura alternativa y original de un conjunto de novelas y otros materiales literarios sobre el adulterio, recorre con pertinencia, consistencia y solidez, problemas teóricos relacionados con la pregunta sobre la política de los cuerpos y de la mirada (*la lujuria del ver*); la relación que hay entre la cultura burguesa y la pasión; la tensión existente entre saberes legales y saberes obscenos; la necesidad de la norma como factor constitutivo del sujeto y su sujeción, y la relación que se teje entre la nación y el espectáculo; entre la mujer, el orden patriarcal y el deseo.

A lo largo de tres capítulos, el libro despliega una historia del adulterio en la Venezuela finisecular, proponiendo un recorrido sinuoso y oblicuo entre textos canónicos y periféricos que, en su conjunto, revelan cómo la historia del cuerpo nacional es un relato sentimental. En el capítulo 1, “Adulterios de fin de siglo”, el centro de interés de Bouzaglo son las novelas fundacionales venezolanas —*Fidelia* de Gonzalo Picón Febres, *Mimí* de Rafael Cabrera Malo y *El hombre de hierro* de Rufino Blanco Fombona—, leídas como escenario de un síntoma que afecta la nación: la traición a causa de la pasión; el deseo que excede la casa y la familia. Al igual que estas ficciones, la nación también se excede a sí misma; es un cuerpo que somatiza y da cuenta de otros modos de ser, de hacer, de mirar, de sentir. Es esto lo que cuentan las escenas de adulterio venezolanas al señalar los ruidos y quiebres que desarticulan y desestabilizan el discurso fundacional.

En el capítulo 2, “Espectáculos adulterados”, se analiza la novela *Débora* de Tomás Michelena como “un espectáculo pornográfico”, a partir de un tejido de relaciones con *De sobremesa*, del colombiano José Asunción Silva; *Potpourri*, del argentino Eugenio Cambaceres, y *Un adulterio*, del mexicano Ciro Ceballos. Aquí el análisis muestra cómo la escena de adulterio requiere de lazos homosociales que se produzcan de modo simulado, por debajo de la mesa, y de qué manera las tensiones existentes entre visibilidad e invisibilidad, entre homosociabilidad y rivalidad, entre normatividad y animalidad, entre disciplinamiento y transgresión, son constitutivas de las pasiones adulteradas, así como de la aparición de la ley del divorcio y de una legalidad cómplice de los engaños y traiciones.

En el capítulo 3, “Adulteraciones visuales y fetichizaciones”, se presenta un recorrido por un conjunto de imágenes de la revista *El Cojo Ilustrado*, que comprometen las *virtudes* de la nación y que son *adulteradas* por los textos que las acompañan; que crean “una especie de manual de las patologías sexuales” al desnudarlas y al señalar sus puntos sensibles. Este parte del libro resulta sumamente interesante porque Bouzaglo propone una lectura oblicua de materiales diversos como publicidad, cuadros y anuncios, en la que es posible rastrear las zonas de quiebre del proyecto ilustrado y civilizatorio. Por medio de detalles y microescenas se levanta una topografía del deseo adúltero dentro de la retórica de la revista que, en su enunciación, contradice o interviene su misma voluntad de disciplinamiento: “El cuerpo de la adúltera . . . abre un espacio que obtura los proyectos hegemónicos y adultera sus pactos de sentido”.

Considero que *Ficción adulterada. Pasiones ilícitas del entresiglo venezolano* es un libro necesario y fundamental que inserta en el campo de estudios del siglo XIX venezolano y latinoamericanos una escena conflictiva, en donde la nación se juega su prestigio, credibilidad e imagen y habla una lengua que rasga y perturba los pactos de significación soberanos. La literatura es el espacio en el que la nación muestra/exhibe el espectáculo de sus fisuras. La nación para Bouzaglo exige ser leída *fuera de marco*, que aquí implica leer hacia adentro del cuerpo el deseo, la pasión, la enfermedad, como flujos que sacan de quicio la razón nacional para dar paso al despilfarro de los sentimientos. Es allí, en esos excesos del sentir, en donde la nación se gasta y revela otros devenires incalculables e improductivos para la lógica civilizatoria y ciudadana.